

La participación en la Liturgia

El Concilio Vaticano II propuso como idea directriz de la celebración litúrgica la expresión *participatio actuosa*, la participación activa de todos en el “opus Dei”, es decir en el culto divino. Adolfo Ariza nos ofrece algunas reflexiones sobre el tema.

En opinión de **R. Guardini**, el propósito de la participación real es que los participantes crezcan en “*el sentido natural del movimiento y la acción de los gestos en cuestión*”, pero “*al mismo tiempo se dejen impactar por el importante contenido religioso en su fuerza y empuje esencial*”. Por eso, con pleno derecho, el *Catecismo de la Iglesia Católica*, pone de manifiesto que esta expresión nos habla del servicio común, refiriéndose, por consiguiente, a todo el pueblo santo de Dios (cf. CCE 1069). Pero ¿en qué consiste esta participación activa? ¿Qué es lo que hay que hacer? Máxime, y de ahí la urgencia en la resolución de estos planteamientos, cuando desgraciadamente, esta expresión se interpretó muy pronto de una forma equivocada, reduciéndola a su sentido exterior: a la necesidad de una actuación general, como si se tratase de poner en acción el mayor número posible de personas, y con la mayor frecuencia posible (cf. J. Ratzinger, *El espíritu de la Liturgia*).

PARTICIPACIÓN

La palabra “participación” remite a una acción principal, en la que todos tenemos que tener parte. Por tanto, si se quiere descubrir de qué acción se trata, hay que averiguar, antes que nada, cuál es la verdadera “actio” central, en la que deben participar todos los miembros de la comunidad.

ACCIÓN

En esta “acción”, por la que nos acercamos, orando, a la participación, no hay diferencia alguna entre sacerdote y laico. Indudablemente, dirigir la *oratio* al Señor en nombre de la Iglesia y hablar, en su punto culminante, con el Yo de Jesucristo, es algo que sólo puede suceder en virtud del poder que confiere el sacramento del Orden sacerdotal. Pero la participación es igual para todos, en cuanto no la lleva a cabo hombre alguno, sino el mismo Señor y sólo Él. Para todos nosotros se trata, según se lee en 1 Cor 6, 17 de que: “*El que se une al Señor es un espíritu con Él*”. Se trata de superar, en última instancia, la diferencia entre la *actio* de Cristo y la nuestra, de modo que exista únicamente una acción, que sea, al mismo tiempo, suya y nuestra – nuestra en el sentido de que nos hemos convertido en “un cuerpo y un espíritu” con Él.

ORACIÓN

Tiene que ser visible que la *oratio* es lo esencial, y que su importancia reside en el hecho de dar paso a la acción de Dios. Quien haya comprendido esto, entiende fácilmente que ya no se trata de mirar al sacerdote o dejar de mirarlo, sino de mirar al Señor, salir a su encuentro.

DOS PUNTOS DE SÍNTESIS

Las implicaciones de todo este magisterio, al que nos ha llevado *El espíritu de la liturgia* de **J. Ratzinger**, se podrían condensar en los siguientes planteamientos que suponen toda una perspectiva renovada tanto en lo teológico como en lo más directamente catequético:

- La teología trinitaria, la revelación, la cristología, la soteriología y la antropología se asientan como en su núcleo más firme en la filiación divina de Jesús. En la oración de Jesús se nos revela su yo, y en su yo, su ser filial, que es el Hijo. Las aproximaciones a la persona de Jesús que no dan peso a su oración, corren el peligro de dejar fuera la expresión más clara de la dimensión religiosa de la vida y de la persona humana. ¿Cómo entender a un hombre esencialmente religioso, como es Jesús, sin otorgar un puesto central a su oración? El don del Espíritu con el agua y la sangre nos sale al encuentro a través de un corazón, sede del encuentro y compenetración de la sensibilidad y el espíritu, de un corazón capaz de sufrir, capaz de ser herido y experimentar las pasiones humanas todas. Por esto, tal revelación reclama en la parte del receptor, en la parte del hombre un corazón capaz de apasionarse, porque *cor ad cor loquitur*, como rezaba el lema del cardenal **Newman**, otro de los habituales inspiradores del pensamiento de **J. Ratzinger**.
- La verdadera formación litúrgica no pueda consistir en el aprendizaje y ensayo de las actividades exteriores, sino en el acercamiento a la *actio* esencial, que constituye la liturgia, en el acercamiento al poder transformador de Dios que, a través del acontecimiento litúrgico, quiere transformarnos a nosotros mismos y al mundo. La denuncia en su momento de **J. Ratzinger** es bastante directa: “Claro que, en este sentido, la formación litúrgica actual de los sacerdotes y de los laicos tiene un déficit que causa tristeza. Queda mucho por hacer”. (cf. J. Ratzinger, *El espíritu de la liturgia*, 217)

Pie de foto: **La liturgia debe ser participativa, pero ¿en qué consiste esta participación activa? ¿Qué es lo que hay que hacer?**